

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 14 de Enero de 1922.

Número 2.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en estas, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Las Juntas han podido con Cierva; pero como Cierva ha sabido agarrarse al resto del gabinete, se ha producido la crisis total y el miércoles por la noche llevó Maurya la dimisión á Palacio.

Le ha fracasado á Cierva otro asidero que le sostuvo una semana, y quizás hubiera sido su salvación como ministro; porque á pesar de todas las amenazas de las Juntas al cielo y á la tierra, es lo cierto que la crisis no ha llegado hasta después de ser cosa sabida que el ministro de la Guerra no pisaba tan firme en las regias antecámaras. El terrible espíritu revolucionario de las Juntas no se detiene más que ante las revoluciones.

Un estado sedicioso para derribar á un ministro (aunque este ministro sea Cierva) me parece demasiado. Así como hay humores del cuerpo que si salen al exterior limpian y purifican, mientras dentro lo infectan y lo envenenan todo, así un pronunciamiento que estalla es saludable, mientras contenido es funesto.

No está bien resolver á tiros, señores de las Juntas, los intereses de familia, porque las balas suelen alcanzar á algún vecino. No es lícito tomar la vía pública para dirimir bravuconamente pequeños pleitos.

Suponiendo que el Poder se hubiera ejercido dignamente hasta hoy (es sólo para facilitar el argumento), ¿podría ejercerse dignamente en lo sucesivo?

No representarán los hombres que

vergan conformidad de principios con los que vencieron. Este es el caso de los gobiernos revolucionarios, y nadie pensará que un Sánchez Guerra (á quien los dientes se le salen de la boca más que nunca en su afán de hacer press) sea un Mirabeau. Representarán sencillamente sometimiento al capricho de un grupo dictador, que con la dimisión de Cierva ha vuelto al estado de canuto para desarrollarse otra vez cuando se le antoje.

Y lo peor es que no tiene el asunto lado bueno. Ni siquiera puede consolarse pensar que la hazaña, aunque pueda cogernos por en medio á todos, acaba con un personaje tan ridículo (cuidado si en estos días ha estado grotesco) y tan odioso como Cierva. Algo así como un volcán en la plaza de la Cibeles.

Nada de eso. De todo el estrépito, Cierva es probablemente el único que la hubiera sacado de todos modos. Si no llega á caer (sigúrense ustedes quien aguantaba sus desplantes y los de sus amigos que, á juzgar por los periódicos, son cada vez más. Habiendo caído ¡verán ustedes petulancia siempre que se plantee, que se planteará dentro de poco, la acreditada cuestión de la dignidad del poder civil y de la resistencia á los poderes extracostitucionales! Y ¿quién no sabe que hay una parte de opinión que se entusiasma con la oscuridad sonora, que asiste á las funciones religiosas, que lee *El Debate* y *A B C*, y que á la larga hace personajes y presidentes del Consejo?

Le faltan á Cierva el gesto olímpico y la expresión parabólica de Maurya; que si no, ya podíamos augurarle un partido de jóvenes *luses* con sus gárdinas y todo.

LAS LEENDAS EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

La leyenda del patriotismo

España es el país del patriotismo legendario: Sagunto, Numancia, la epopeya de la Reconquista, Lepanto, Otumba, San Quintín, la epopeya de la Independencia...

Se engañaría, sin embargo, quien, á través de ese patriotismo legendario, creyese ver en todos los momentos de la historia de España una conciencia nacional, un verdadero patriotismo español. Durante la Reconquista no hay un patriotismo español, sino patriotismos locales: castellano, aragonés, etc. Los reyes pelean entre sí y

don se alían con los moros contra otros príncipes cristianos rivales. Se trata de un patriotismo meramente territorial; y en la misma reconquista del territorio, más que los estímulos patrióticos, juegan los motivos de índole económica. Las correrías, las incursiones en tierra mora á que se refieren las leyes de la guerra de Don Alfonso el Sabio, tenían como finalidad principal el botín. Y el héroe de la Reconquista por antonomasia, el Cid Campeador, tal como nos lo muestra el *Cantar de Mio Cid*, según la copia de Per Abad, es, sobre todo, un artífice de su propia fortuna. Como todos los héroes de la Historia, ha encontrado su Tabor y tiene su aurea leyenda el Cid de la luerqua y hermosa barba. No entraba, sin embargo probablemente, en los propósitos del Cid de carne y hueso, que más tarde exaltara la leyenda, el transcendental de forjar la patria con el hierro de su lanza. Iba con su *honra*, pero también con alforjas á ganarse la soldada, á buscar tierra que diera lo bastante para vivir. «El que quiera quitarse de trabajos y enriquecerse, que se venga con el Cid, amigo de las batallas, que ahora quiere poner cerco á Valencia para darla á los cristianos...»

La primera vez, acaso, que en la historia (e España se manifiesta con un gran movimiento una conciencia nacional española, un verdadero patriotismo español, es en la guerra de la Independencia. Mas también en esta ocasión la leyenda vuela demasiado alto. En medio de aquel glorioso movimiento patriótico prdo el Consejo Supremo de la Inquisición circular órdenes en que se calificaba la protesta de Madrid del memorable día 2 de Mayo de *vergonzoso tumulto*, y se excitaba el celo, vigilaria y prudencia de los tribunales, á fin de que no se cometieran *desórdenes revolucionarios con la máscara del patriotismo*. Y cuando llegó el momento de tomar las armas contra el invasor, eran muchos los clérigos—si bien había honrosas excepciones—que decían, como el famoso cardénigo Ostoliza, diputado en las Cortes de Cádiz, que era ajeno de los ministros de un Dios de pr empuñar las armas para derramar sangre humana; que la profesión militar inspira cierta dureza incompatible con la suavidad del sacerdocio; que mientras el pueblo de Dios peleaba, los sacerdotes levantaban las manos al cielo y oraban; que ni la guerra estaba declarada de religión, ni la religión se defendía con las armas; y que era una especie de apostasía de los eclesiásticos el entrar en la carrera de las armas y de las graduaciones militares.»

Si no empuñar las armas—y otras deserciones disculpaban la suya—, podía el clero, al menos, dar para la guerra buena parte de sus bienes. Mas cuando Argüelles propuso en las Cortes que no se proveyesen las prebendas y beneficios vacantes, pensiones sobre mitras, etc., y que sus productos fuesen depositados en tesorería para las urgencias del Estado, se pretendió acudir al expediente de que el

decretar sobre esto no correspondía á la jurisdicción temporal, sino á la eclesiástica. Y eso que el clero de España era entonces el más rico del mundo. Un viajero francés que en los últimos años del siglo XVIII había recorrido la Península, se criba que, después de los grandes principados eclesiásticos de Alemania, la más opulenta prelacia del catolicismo se encontraba en España, no habiendo en los otros países, desde el punto de vista de las rentas, nada comparable á los arzobispos de Toledo, Sevilla, Santiago, Valencia y Zaragoza.

Pero estos opulentos prelados entendían el patriotismo á su modo. Como á su modo lo entendían aquellos grandes de España que en 1813 expresaban su gratitud al duque de Angulema, que al frente de sus valientes tropas, había venido á ser el libertador de nuestro amado rey y el pacificador del pueblo español. Toda una diputación de la granada de España filiciaba á los soldados extranjeros, «miles de valientes que habían venido á cumplir el grandioso designio de hacer reinar de nuevo entre nosotros el orden, la paz y la justicia». Así entendía el patriotismo la granada española de 1823. ¡Y ahora se llama antipatriotas á los obreros perseguidos, acosados, acorralados como fieras, que hacen desde los calabozos de Montjuich un llamamiento á la solidaridad obrera internacional! Como se llama antipatriotas á todos los que no están dispuestos á confundir la patria con las instituciones ni á renunciar por ellas á la libertad y á la justicia.

Hoy es ya de acabar con la leyenda patriótica, con el patriotismo de las grandes explosiones retóricas, que es el patriotismo de las grandes catástrofes y de las grandes vergüenzas. El patriotismo legendario, de epopeya, de romancero, nos ha conducido á la tragedia presente. Sólo un patriotismo discreto, callado, laborioso, puede curarnos de los grandes males hereditarios. Practicándolo, no aombraremos al mundo, pero empezaremos á merecer el respeto y la consideración de los países á quienes hoy no inspiramos sino desprecio ó lástima.

ALVARO DE ALBORNOZ

EN SECRETO

A DON JOSÉ NAKENS

¿Me autoriza usted para hacer constar en mi testamento que me entierren muy cerca de su sepultura?

¿Razones en que apoyo mi petición? Allí van:

Hace varios años, en aquella edad en que ni amaba ni odiaba, lei en un libro que el día del Juicio Final los muertos saldrán de sus tumbas al sonar una trompeta, para comparecer ante la presencia de Jehová, que nos pedirá estrecha cuenta de nuestras andanzas por la Tierra.

Pues bien; cuando ese día llegue, usted necesitará un esqueleto joven que le lleve del brazo y le sirva de guía en los intangibles caminos del cielo. ¿Y quién mejor que yo, que le conozco y le quiero para prestarle ese importante servicio?

¿Que es probable que yo muera también viejo y sin fuerza ni para mascar la sopa?

No lo creo; tengo el presentimiento de que no llegaré á los cuarenta años, y como nadie ha demostrado aún que se envejezca después de muerto, podré des-

empeñar perfectamente mi cometido de lazarillo.

Podría ser que no se necesitara de más ayuda que la orden de *elevarnos y venir á Mí*; pero aun en este caso insistiría en mi pretensión, puesto que así podremos hacer el recorrido juntos y cambiar impresiones acerca del tiempo y la topografía del terreno.

Tengo, además, otra razón para desear acompañarle. Cuando usted muera El MOTIN seguirá su misma suerte, para honra suya, satisfacción de los clericales y vergüenza de los hipócritas disfrazados con el manto de la Democracia; pero tengo la seguridad de que usted reanudaré en el Infierno la inprobable labor de moralizar al clero; y como allí, según el Dante hay papas, cardenales, obispos, curas y frailes en abundancia...

¿Que para qué puedo servirle en el Infierno? Para mucho; ya lo verá usted. Ninguno de los demonios que Satanás ponga á sus órdenes, llevará tan pronto como yo el original á la imprenta, ni corregirá las pruebas, ni...

Y termino repitiendo la pregunta que le hice al comenzar:

¿Me autoriza usted para hacer constar en mi testamento que me entierren cerca de su sepultura?

ANTONIO ESPINOSA

Querido amigo Espinosa: No sólo le autorizo para que consigne en su testamento que lo entierren cerca de mí, si no que me alegraré tenerlo por vecino. Como estoy ya bastante sordo, pudiera no oír la trompeta y quedarme tan tranquilo en mi cajita, lo que pudiera traerme algún disgusto si lo atribuí á desobediencia.

Acepto muy agradecido su generoso ofrecimiento de servirme de apoyo y guía en el trayecto hasta el valle de Josafat, que, dicho sea en confianza, no sé todavía á que distancia se encuentra de la Tierra; lo que sí sé, es que aun estando muy cerca, tendría que hacer varias paradas, pues estoy ya hecho lo que se dice un perfecto carcamal. Pero, en fin, poco á poco se va lejos, como dijo el otro, y ya llegaríamos, aunque fuese de los últimos. Lo único que puede ocurrirnos es que al arribar no encontremos albergue ni manducatoria por la influencia de forasteros; mas como ya vamos acostumbrados de aquí...

No se equivoca usted al suponer que reanudaré en el Infierno la publicación de El MOTIN: enlodaría mi limpia historia anticlerical si no lo hiciese, estando aquello infestado de la tropa que dice el Dante. Así es que cuente usted desde ahora, no con la plaza que solicita, sino con la de redactor fijo, pues de seguro no habrá por allá muchos jóvenes de su talento, su actividad y su amor al trabajo.

Y como sé de buena tinta que en el Infierno se tiene de la justicia mejor idea que en la Tierra, me da el corazón que allí no fracasará como aquí he fracasado en mi empeño de moralizar al clero, y que llegará un día en que me bendigan todos los condenados por haberlo llevado al buen camino, merced á lo cual podrán en ade-

lante vivir sin llos ni sobresaltos en la mansión infernal.

Y no cansando más, hago en este instante un nudo en el pañuelo para que no se me olvide escribirle el mismo día que me entierren dándole las señas del hoyo que ocupe, y me reitero de usted afmo amigo en esta vida y en la otra.

JOSE NAKENS

Morita con suerte

En no recuerdo qué kábila de Marruecos, nuestros soldados encontraron á una niña mora entre las ruinas del hogar donde acababa una bomba de matar á su padre y á su madre.

Compadecidos, la consolaron, la alimentaron y estaban dispuestos á protegerla en todo, cuando se enteró un obispo español que se hallaba en Marruecos, y al sentirse súbitamente acometido de un fulminante ataque de piedad poco común en los de su clase, se la trajo á España.

Y diz que están preparándola á toda prisa para recibir las regeneradoras aguas del bautismo, á fin de que pueda ingresar en el Cielo el día que deje este valle lágrima.

A raudales las derramo yo en este instante, arrepentido de haber censurado á nuestros obispos por no haber ofrecido sus palacios para albergar á los enfermos y heridos que llegan de Marruecos.

Verdad es que, como están ya bautizados, tienen asegurada la bienaventuranza eterna si se arrepienten de sus pecados á la hora de morir, y, por consiguiente, no debemos preocuparnos tanto de ellos como de esa morita, que si muriese antes de ser bautizada, caería ¡horror! en el Infierno de cabeza.

Anticípese, pues, la ceremonia en cuanto sea posible, y celébrese con toda pompa y ostentación, para que los padres de las niñas bautizadas que mueran de hambre y frío aquel día, se arrepientan de la prisa que se dieron á borrarles el pecado original. De no hacerlo, podrían haber proporcionado á las infelices un día por lo menos de fiesta, hartura y agasajos.

Si llega á nacer en España esa morita, y la bautizan, quizás anduviera ahora albergándose en los quicios de las puertas, y tendiendo su manecita á los transeúntes en demanda de un bocado de pan como tantas otras perfectamente bautizadas; mientras que hoy tiene pan y albergue asegurado, y el Cielo en perspectiva.

Misterioso enlace de acontecimientos deplorables que dan por resultado el ingreso de esa niña en la mansión celestial por los siglos de los siglos.

Ante ellos, hundo humillado mi frente en la ceniza y sólo me quedan fuerzas para exclamar: ¡Qué suerte la de esa morita! ¡Qué suerte!

¡Y cuánta farsa!

Es tan interesante este trabajo de Julio Senador acerca de las causas y concausas que contribuyen á que no haya trabajo en España, que quiero dejarlo impreso en *El Motin*.

Aunque bastante largo para los que acostumbro á publicar, tengo la seguridad de que será leído y releído.

BAJO EL YUGO DE LAS OLIGARQUÍAS

LA ORGANIZACION LEGAL DEL ROBO

Desde hace innumerables años, pero más especialmente desde el comienzo de la guerra europea, España entera viene reptiendo, tumborosa de espanto, estas dos lúgubres frases: que no hay trabajo y que la vida es cada vez más cara.

Sin embargo, por una parte, faltan caminos para la mitad de nuestros pueblos; falta tender cuarenta y cinco mil kilómetros de vías férreas; fa tan acéguas y cauces para regar dos millones de hectáreas; falta reorganizar el cultivo extensivo en ochenta mil kilómetros cuadrados; falta repoblar de bosque una extensión de quinientos millones de hectáreas; faltan trece mil puentes en las carreteras; falta dragar veinte puertos; faltan por dondequiera edificios para dependencias del Estado; faltan, en más de seis mil lugares, viviendas, mataderos, conducciones de agua, pavimentación, letrinas y alumbrado eléctrico. Todo falta. Todo está sin hacer.

Por otra parte, al pie de nuestras fronteras se agolpa continuamente una inmensa muchedumbre de negociantes extranjeros que ofrecen traer inmediatamente trigo barato, paño barato, hierro barato; y todos, individualmente, con la idea de ir abaratando el género cada día un poco más, con el propósito de prevalecer en el mercado sobre sus competidores.

A pesar de lo dicho, es cierto, por desgracia, que *no hay trabajo* y que la vida es imposible para el pobre.

¿Qué explicación tiene este absurdo? ¿Cómo es concebible que no haya trabajo donde absolutamente todo continúa sin hacer? ¿Cómo está cara la vida donde todo se ofrece á bajo precio? ¿Quién sostiene este estado de barbarie?

Vamos á verlo.

Uaos cuantos caballeros, llevados al Poder por las oligarquías dominantes, se reúnen en Consejo y acuerdan que gobernar es *mantener el orden*; y que mantener el orden consiste en defender la sagrada propiedad de la tierra, ó sea el privilegio de los latifundistas; en *proteger á la agricultura*, ó sea en asegurar sus provechos á los acaparadores de trigo, que sojuzgan á los pueblos, y en garantizar la tranquila digestión de sus rentas á los señores holgazanes de la ciudad, que viven de comerse reposadamente el trigo que producen los patanes, y, por último, acuerdan que para el mantenimiento del orden hace falta igualmente *proteger á la industria nacional*, ó sea á una docena de fabricantes privilegiados, que contandoy con el arraigo de ese abuso y en complicidad con los sátrapas ferrocarrileros, han montado cuatro manufacturas anémicas y descabelladas, que nada pueden exportar, pero que, en cambio, necesitan importar maquinaria, herramientas, algodón, tintes, carbón, lubricantes y hasta, en algunos casos, abonos y simientes, como en las instalaciones remolacheras.

El orden se mantiene de dos modos: por omisión y por acción. Se emplea la omisión absteniéndose de exigir contribuciones proporcionales á los que sólo quieren la tierra para conservarla ociosa. Se realiza la acción de tres maneras: por la prima, por el monopolio y por el Arancel.

El resultado final, expuesto en casos prácticos, ses como sigue:

El *trust* correspondiente crea en Bilbao una marina mercante, destinada á empujear todavía más á la Nación, sustrayendo trabajo á los brazos españoles mediante la exportación anual de ocho ó nueve millones de toneladas de mineral de hierro que, indudablemente, debían manufacturarse aquí.

Lo natural sería dedicarla á otras faenas más útiles. También sería natural hacer algo para fomentar su desarrollo; pero no como se hacía, sino empezando por suprimir ese disparatado privilegio que disfrutaban las Compañías ferrocarrileras, á quienes se consiente el uso de una tarifa especial de puerto á puerto, que arruina la navegación de cabotaje.

En lugar de eso, se determina no suprimir la tarifa de puerto á puerto, para evitar perjuicios á las Compañías, y conceder á la flota mercante una prima, pagada con dinero de toda la Nación, para evitar perjuicios á los armadores.

Los favorecidos se fuman tranquilamente la prima en tiempo de paz. Cuando estalla la guerra, renuncian á la prima, y en los periódicos oficiales se alaba su *patriotismo*. El cual *patriotismo* tiene por objeto quedar en libertad para vender sus barcos á Inglaterra.

Se los venden. Son dedicados á la campaña marítima, y no á la importación. En su consecuencia, aumenta enormemente el precio de los fletes, se nota escasez de productos y empieza el malestar, porque sin barcos España no puede ni abonar cuatro hectáreas de su suelo, ni teñir una pieza de pocal, ni siquiera hacer hervir un puchero de garbanzos. Entonces, las representaciones de varios grupos productores se reúnen en una covachuela llamada Junta de Comercio, ó de Transportes, ó de no sé qué otra paparrucha, y el día 3 de Octubre de 1916 acordan solicitar del Gobierno que no entable gestiones para abaratar el precio de los fletes. Sobre todo, de los fletes de trigo. Era para que siguiese valiendo caro el trigo de aquí. Así valdría también más caro el poco pan de los pobres; pero, en cambio, harían dinero los acaparadores prestamistas.

Hay millones de hombres que andan locos por el campo buscando un palmo de tierra donde clavar el szalón. No le encuentran. Toda la tierra es de unos cuantos señoritos, que la tienen cercada. Estos no quieren producción; quieren renta. Como no quieren producción, *no hay trabajo en el campo*. Como cobran la renta en trigo, quieren que valga caro. Piden aumentos en el Arancel, y los consiguen. Pedían que no se rebajaran los fletes, y no se rebajaron.

Así no podrán tener los pobres el trigo yanqui á diez y seis pesetas el hectólitro, sino á como establezcan los señoritos rentistas, dueños de la tierra.

A éstos les asusta que la tierra vaya á manos de los pobres, porque entonces dejarían de ser esclavos de ellos.

En el notable libro de D. Blas Infante, denominado *Ideal andalus*, se refiere este caso:

Habiendo contraído matrimonio cierto señor duque, opulento propietario, le pro-

puso un honrado ex gobernador de provincia que, para conmemoración del suceso, se dignara conceder en la forma que mejor le pareciese alguna mínima porción de sus extensas fincas á trescientos emigrantes, que estaban esperando buque.

No quiso, como era de esperar, y aquellos trescientos hombres útiles, con sus trescientas famélicas familias embarcaron de allí á poco para ir á hacer competencia en América á sus hermanos de desdicha.

Otra pandilla de señoritos se propone jugar al juego de la industria; pero con dos barajas: la de ganar y la de no perder.

Spongamos que se trata de un nuevo ferrocarril. Constituida la Compañía, con su Consejo de Administración en el que figuran seis politicastros de esos que defienden el orden, se pide una concesión, ó sea un monopolio, y en seguida se obtiene. Pero la Compañía de al lado va venir un perjuicio, y compra á dinero la concesión, para que, no construyéndose la nueva línea, tampoco se aburran los transportes.

Y como aquel ferrocarril deja de construirse, ya *no hay trabajo en aquel ferrocarril*. Así se hizo, por ejemplo, con el de Cartellano.

Spongamos que se trata de una mina.

El que explota cualquiera de las actuales sabe de sobra que si se lanza al mercado mayor cantidad de productos, bajará el precio de los suyos. Por consiguiente, compra la nueva mina y mete cuatro obreros, para que no caduque la concesión; pero la mina comprada no se explota, para que no se abaraten el carbón ó el hierro. Otras veces, la mina es inexploitable por falta de comunicaciones, cuya construcción se impedirá deliberadamente. Otras veces, el accionista minero es al propio tiempo accionista ferrocarrilero. Entonces se reduce á un mínimo la producción de mineral, para no tener que adquirir más elementos de transporte. Por una ó otra de estas causas, *no hay trabajo en las minas*.

Spongamos que se trata de una industria extractiva, como la del azúcar.

Siendo imposible la ganancia con los precios europeos del azúcar, se forma un *trust* para ejercer el monopolio y elevar los precios, limitando la oferta.

Primero, se cierran la mayor parte de las fábricas, y para miles de obreros ya *no hay trabajo en aquellas fábricas*.

En cambio, se consigue que haya poco azúcar, para que pueda venderse á como sus amos quieran.

Aun no ganan bastante, y piden *protección*.

Se impone una tarifa prohibitiva sobre el azúcar antillano, y Cuba, perjudicada, rechaza en su Aduana nuestros vinos, admitiendo los ajenos. Así se arruina á los viticultores de la Rioja y de la Mancha, y como el viñedo deja de producir, ya *no hay trabajo en los viñedos*.

Spongamos que se trata de una industria manufacturera.

Teniendo que importar las primeras materias, y sobre todo el carbón, que aquí no puede producirse en cantidad suficiente porque lo impiden el *trust* de las minas y el de los transportes, resulta que los fabricantes sólo pueden subsistir en una atmósfera de invernadero.

Para evitar la competencia del centro, se consigue una tarifa llamada *de puerto a interior*, por virtud de la cual, enviar á Madrid una tonelada de galletas cuesta siete ó ocho duros más que enviarla desde Irún. Así se arruina á la industria del cen-

tro, y ya no hay trabajo en la industria del centro.

Como última fase de su incesante lucha contra la prosperidad nacional, copan la Junta de Aranceles y Valoraciones.

No valoran los productos conforme a lo que positivamente valen, sino como a ellos les conviene. Sobre esta valoración arbitraria establecen brutales derechos arancelarios.

Ya no podrá entrar nada extranjero.

Todavía, en lo sucesivo, tendremos que pagar caro el pan, caro el hierro, caro el paño, caras, en general, todas las cosas necesarias a la vida; pero, en cambio, dos docenas de burgueses podrán seguir construyendo cada año un palacio en los ensanches de Bilbao ó Barcelona.

Una vez asegurado de este modo el mercado interior, está de más ocuparse en perfeccionar industrias, sustraídas á toda competencia y convertidas en provechosos monopolios. Por lo tanto, ya no hay trabajo en las regiones industriales.

Los burgueses españoles ganan así el dinero, y luego lo invierten en acciones del Banco, para seguir robando al país con emisiones de billetes que, en lugar de circular asegurados por reservas metálicas, sólo van garantidos por títulos de la Deuda de un Estado en plena bancarrota. Toda la vida de nuestros oligarcas depende del miserable fraude que cometen contra la Nación, el cual consiste en impedir á todo trance la producción, esparcidos tras de la Aduana, con objeto de suprimir la concurrencia mercantil y conseguir que valgan caros los productos de ellos, para que se enriquezcan unos pocos mientras emigran ó se mueren de hambre los desdichados á quienes ellos quitan el trabajo. ¡Y todavía cometen la vileza de dirigir inculparciones á la plebe saqueada, diciendo que no hay industria porque se la destruye con las huelgas, asustando al capital! Mienten los farsantes. Si hubiera justicia, no habría huelgas.

De todas las vergüenzas de España, los únicos culpables son ellos. Sólo ellos son los que sustraen el capital á su función natural de herramienta para nuevas producciones; los que inventan afrentosos artificios, que acabarán por conquistarnos la enemistad universal; los que amordazan al pueblo, para que no grite; los que mandan ametrallarle si se atreve á pedir pan ó justicia; los que impiden la producción, para seguir viviendo á costa ajena.

Y donde no hay capitales activos, ¿cómo van á sostenerse guerras, si la guerra no es más que producción? Y donde no hay producción, ¿cómo va á haber trabajo para nadie? Y donde no hay trabajo y, en cambio, hay quien se dedica á encarecer todas las cosas, ¿cómo va á ser barata la vida?

Vosotros, los condenados á miseria eterna, ya sabéis el origen de vuestros infortunios. A vuestro cargo queda probar que lo habéis entendido.

JULIO SENADOR GOMEZ

MAGNANIMIDAD

Aunque te fatigues, sigue trabajando; aunque te arruines, sigue prodigando; aunque te consumas, sigue iluminando; aunque te incomprendan, ama sin cesar. Date á todo el mundo, date sin rodeos; piedad y largueza sean tus troyes; producir belleza sean tus deseos; tus afanes sean contento irradiar.

Quita los pensamientos de toda cabeza; pon en todo pecho algo de ternura; ve ofreciendo siempre luz y fortaleza; no te canses nunca de ser fraternal. Recibir humilla y dar satisface; el dolor ajeno dolientes nos hace; la dicha más cierta y que más complace es plantar las dichas entre los demás. No te pongas triste frente á las penurias; no te soliviantes frente á las injurias; y no te acobardes, aunque cien mil furias las esferas todas hagan trepidar. Si la pena viene, no podrás mermarla con necios temores, sino fomentarla; si la muerte ronda, no has de rechazarla por mucho que llegues á gimotear. Hasta en los eriales echa tus semillas, hasta en los malos forma tus gavillas; destruye pesares, odios y rencillas á golpes de risa, perdón y bondad. Resiste y resiste, que la resistencia es una sublime y exquisita ciencia; resiste y resiste, lleno de conciencia, que si resistieses al fin vencerás. Sonríe si pierdes, sonríe si ganas, sonríe si sufres, sonríe si afanas, sonríe si notas que te salen canas, sonríe á la brisa y á la tempestad. Pero al dar no ignores que más que el dinero valen los perfumes de un amor sincero; una voz de alivio es don más certero que todo potingue, joya ó dineral. Abre tus entrañas más que tu bolsillo; date dulcemente, de modo sencillo; ama con vehemencia, sin pompa ni brillo; date como un genio de cordialidad.

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

Panamá.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Los amigos de Santaña, 100 pesetas. José Otero Alvarez, Madrid, 25, pesetas. José Galán, Murcia, 19; Valentín Redón, Catorroja, 2; Tomás Marina, Valladolid, 4; Pablo Batmala, Alcalá la Real, 4; Narciso Oyarzábal, Pasajes, 4; E. Rodríguez, Tolosa, 1; Guillermo Bosch, Valencia, 9; Julio Valdés, Soto del Barco, 4; Manuel Serrano, Cezalla, 2; José V. Morquecho, Medina de Pomar, 4; Gerardo Sánchez, Salamanca, 4; Germán Díez, Peñaranda de Bracamonte, 19.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Murcia.—José Galán. Renovada su suscripción á fin Diciembre 1922.
Pamplona.—León Eladio. Id. á fin Diciembre 1922.
Catorroja.—Valentín Redón. Id. á fin Diciembre 1922.
Idem.—Francisco Rites. Id. á fin Diciembre 1922.
Valladolid.—Tomás Marina. Id. á fin Diciembre 1922.
Alcalá la Real.—Pablo Batmala. Id. á fin Diciembre 1922.
Idem.—Demetrio Alameda. Id. á fin Diciembre 1922.
Segorbe.—Juventud Republicana. Id. á fin Diciembre 1922.
Fuente Genil.—Justo Estrada. Abonadas las suscripciones á fin Diciembre 1922.
Salamanca.—Julio M. Bszan. Id. á fin Diciembre 1922.

Cheste.—Julio Lavarías. Id. á fin Diciembre 1922.
Carlet.—Juan B. Chiavert. Id. á fin Diciembre 1922.
Pasajes.—Narciso Oyarzábal. Id. á fin Enero 1923.
Cáceres.—Victoriano García Rojo. Idem á fin Octubre 1922.
Santander.—E. Senosiain. Id. á fin Diciembre 1922.
Tolosa.—Edmundo Rodríguez. Id. á fin Diciembre 1922.
Valencia.—Guillermo Bosch. Id. á fin Diciembre 1922.
Soto del Barco.—Julio Valdés. Id. á fin Diciembre 1922.
Casalla.—Manuel Serrano. Abonadas las suscripciones á fin Diciembre 1922.
Iznajar. M. Torrubia. Id. á fin Diciembre 1922.
Toro.—Julio de la Higuera. Id. á fin Diciembre 1922.
Medina de Pomar.—José V. Morquecho. Id. á fin Diciembre 1922.
Las Palmas.—Juan J. Rivero. Id. á fin Noviembre 1922.
Salamanca.—Gerardo Sánchez. Id. á fin Diciembre 1922.
Peñaranda de Bracamonte.—Germán Díez. Id. á fin Diciembre 1922.
Jaén.—Manuel García. Id. á fin Diciembre 1922.
Barcelona.—Joaquín Escatet. Id. á fin Diciembre 1922.
Barbastro.—Agustín Armisen. Id. á fin Diciembre 1922.
Idem.—Mariano Cristán. Id. á fin Diciembre 1922.
Málaga.—Miguel Torres. Recibidos suscripciones de 35 y 45 pesetas. Conforme.
Salamanca.—Gabino Garabís. Recibido su giro de 29 pesetas. Conforme.
Blanes.—Rafael Martí. Id. de 3,90 á cuenta.
Andorra.—Pedro A. Frijol. Id. de 19,50.
Carmona.—M. Alvarez. Id. de 25. Conforme.
Valladolid.—Ramiro Ceps. Id. de 12. Gracia.
Algeciras.—J. Trella. Id. de 8. Conforme.
Corbera de Añiva.—Francisco Nacher. Id. de 3,60. Conforme.
Valle de Abdalajis.—J. Iniesta. Id. de 6. Conforme.
La Felguera.—Fernando Velasco. Id. de 30 á cuenta.
Pontevedra.—Joaquín Peza. Id. de 21,10. Conforme.
Utrera.—Enriqueta González. Id. de 3. Conforme.
Daroca.—Crispín Pló. Id. de 6,25 á cuenta.
Albacete.—Isidro Martín. Id. de 54. Abonado en cuenta.
Toro.—Julio de la Higuera. Id. de 36. Conforme.
Valencia.—Ramón Isaach. Id. de 18. Alonado.
Vimbad.—Antonio Amorós. Id. de 12. Conforme.
Thariss.—José Zamorano. Id. de 11,25. Conforme.
Aspa.—Francisco Cerdán. Id. de 14,60. á cuenta.
Gibraleón.—Juan Fernández. Id. de 11. Conforme.
Mieres.—Juan González. Id. de 16,80. Conforme.
Riudecols.—José. M. Solanellas. Id. de 6 á cuenta.

Imp. Juan Pérez. — Pasaje de Valdecilla, 2. — Madrid.